

I

Proyecto atrevido.

Si consideramos el comportamiento de Inglaterra en todos tiempos, comprenderemos que había de ser hospitalaria con un bandido como Felipe de Mantúa.

Gonzaga se había contentado con asesinar á Felipe de Nevers, y su ilusión más cara hubiérase realizado á haberse apoderado de su fortuna. La Gran Bretaña comenzó con Cromwell la larga serie de atentados, muertes, engaños, fraudes y rapiñas que forman su ley desde entonces: testigos, el Canadá, Malta, las Indias, Gibraltar, Irlanda y demás. Los lobos no se comen entre sí, dice el proverbio: quizás; pero morderse, sí se muerden.

La llegada á Londres de aquel Príncipe que tal vez iba á meterse en los bolsillos algunas migajas del oro francés que pasó el Canal de la Mancha, fué muy mal acogida.

Law había ahogado al Banco de Francia en provecho de Inglaterra, que no estaba dispuesta á devolver lo más mínimo. Cuando quiso presentarse en la corte le puso el veto el primer ministro Roberto Walpole, cuya principal preocupación era alejar de Jorge I todas las intrigas, sobre todo las que hubieran podido traer complicaciones con la corte de Francia.

Gonzaga quiso incomodarse, y Walpole le hizo entender que no sólo carecía de derecho para hablar alto sino que si no callaba, le obligarían á dirigir sus pasos á regiones más lejanas. Desde aquel día fué tan vigilado, que pronto cogió horror á las nieblas británicas.

Su estrella paledecía más y más; pero si se lo confesaba á sí mismo dejarlo por nada quería ver á sus enrodados. Sólo Peyrolles lo comprendía pues igualaba á su amo en astucia, mala intención y perfidia. Una noche que aquel parecía más sombrío al factótum le dijo:

—Monseñor, creo que hemos errado el camino. Aquí no hay más que nieblas, y acabaremos por no ver bien ni en nuestro juego.

—Creo lo mismo; pero una vez que hemos realizado el viaje, debemos obligar á la fortuna á que nos busque, pues sería indigno de mí peregrinar tras ella mástiempo. Mi principio es, y también la probabilidad más segura de la victoria, que hay que obligar á los

hombres y las cosas á doblarse á nuestra voluntad.

—Es algo que no podemos conseguir desde hace bastante tiempo, monseñor.

—¡Peste con tus objeciones! Si para empezar no podemos hacer primeros papeles, contentémonos con los segundos.

—Para eso hacen falta energías, y no somos más que dos. Los demás...

—Los demás están encadenados á mí y no son nada sin mí; adonde yo vaya irán. De otro modo, ¿qué sería de ellos? ¿Qué harían? Son muñecos que dirijo con la mano. Si los dejas ¿qué harían?

El mayordomo movió la cabeza dubitativamente.

—Monseñor podía preguntárselo á ellos. Mi opinión es que ya no están sujetos á Monseñor más que por un hilo, como los *papazis* de que hablabais ahora mismo.

—Pues bueno; que lo rompan.

—Mejor sería doblarlo, reforzarlo...

—Con oro; ¿verdad? ¡No lo han ganado!

—Que lo ganen. Pero no, á la sazón nos hace falta tanto oro como audacia.

—¡Oh, oh maese Peyrolles ¡Paréceme muy atrevido en teoría; en la práctica no suele serlo tanto.

—Uno mismo no puede hacerlo todo, y no

veo inconveniente alguno en dejar que los otros sean los brazos cuando yo tengo empeño en ser la cabeza, después de Monseñor.

—Me parece que en este momento todos querriais serlo antes de mí.

—Una vez no haría regla, y creo que todos quedarían contentos.

—¡Oh!—gruñó el Príncipe picado.—¿Qué significa todo eso, maese Peyrolles?

Y miró á su factótum; pero le vió en actitud tan humilde, que prosiguió más amablemente.

—Bueno; no hacen falta tantos circunloquios para manifestar tu proyecto, si tienes alguno. Habla pronto, y sobre todo habla bien y claro.

—¿Pronto? No tenemos prisa. Bien y claro, sí; necesitamos irnos de aquí...

—Á Italia; ¿verdad? ¡Á otro perro con ese hueso! En ese país no tenemos nada que hacer. Todo está ya hecho.

—¿Quién habló de Italia?

—¿Holanda, entonces? No es tan mala la idea, y merece examen. En esas ciudades burguesas podríamos hacer negocio, quizás.

—Estáis á cien leguas de mi pensamiento, Monseñor.

—¡Que diablos! ¡Di pues, de una vez, adónde quieres que vayamos, y acabemos!

Peyrolles se cruzó de brazos, irguió su gran cuerpo flaco sobre sus piernas, más flacas aún, y mirando audazmente á su amo silbó, más que pronunció, estas palabras:

—Á Francia, sencillamente.

El Príncipe miró asombrado á su mayordomo.

—¡Pardiez!—replicó al cabo de un momento—¡Vaya una idea estúpida! ¿Quieres que antes de ocho días nos viéramos obligados á ir á reflexionar, yo en la Bastilla, tú en el Grand Chalet, acerca de los peligros de dejar las riberras del Támesis para trasladarse á las del Sena?

—La Bastilla no se ha echo para Monseñor ni el Grand Chalet para mí. Sólo los necios se dejan encerrar. Apuesto á que paso durante diez años por las puertas de uno y otro sin que nadie al verme sospeche que mejor estaría dentro que fuera.

—Me gustaría conocer el medio.

—Consiste en pasar inadvertidos, en no ir pregonando á los cuatro vientos nuestro nombre ni nuestra jerarquía.

—Lo que equivale á decir que tendremos que escondernos en cualquier zaquizamí, no salir más que por las noches, y esquivar con cuidado el encuentro con el teniente de policía y sus gentes.

—Nada de eso, Monseñor. Hay en París mul-

titud de buenos burgueses que se pasean al sol, y nadie nos impide ser de ese número. El príncipe de Mantúa puede perfectamente tener sesenta años y vender paño por varas, así como su fiel servidor puede aparentar veinte y ser una especie de sacamuelas, un charlatán callejero vendedor de drogas

Felipe de Mantúa soltó una carcajada.

—Sería impagable si no te forjaras ilusiones. Tu proyecto es irrealizable. Nunca te oí disparatar así.

—Esta bien—replicó Peyrolles sin poder ocultar del todo su malhumor.—Esperé que mi proyecto sería maduramente estudiado y recibiría mejor acogida. Quedémonos. Cuando no tenga cosa mejor que hacer, Lagardère vendrá á reunirse con nosotros.

—¡Voto á cribas! ¿Qué dices?

—Á menos que vayamos á aguardarle á Holanda—añadió con ironía.

Por una vez que se sentía más fuerte y más audaz que su amo, no tenía intención de retroceder. Mientras elaboraba su plan recurrió á todo su maquiavelismo, á todo su ingenio, pesando el pro y el contra, distribuyendo los papeles, fijando día, y casi hasta las horas y los lugares donde debían operar. Y encariñado con su proyecto se rebelaba ante la idea de haber discurrido en vano, decidido á atreverse á

todo, incluso á provocar la cólera de Gonzaga, para que fuese tomado en consideración su pensamiento.

Con la cabeza baja y la espalda encorvada recorrió varias veces la estancia á grandes pasos, y fué á sentarse en un sillón frente á su amo, cruzando las piernas. Era una insolencia, pues el Príncipe no le había permitido nunca semejante familiaridad. En cualquiera otra ocasión aquel acto de descaro le hubiera valido una áspera amonestación; pero entonces, por el contrario, su aspecto hizo reflexionar á Gonzaga que quizás su tactótum tenía razón.

—¿Crees que Gendry y los otros permanezcan inactivos?

—De nada sirve lanzar la muta si los cazadores no están cerca para alentarla con su halali. Gendry y el *Ballena* son buenos perros para ladrar fuerte y hacerse matar mordiendo las piernas de la fiera; pero nada más.

—Tienen interés en ganar su dinero.

—Sí; pero no desean arriesgar el pellejo. Están dispuestos á herir por la espalda; pero si no tienen ocasión, ¿qué van á hacer? Á lo menos, cuando está uno presente y los azuza... Pero ya sabe Monseñor que no hay nada que se haga bien cuando no lo hace uno por sí mismo.

Peyrolles olvidaba que varias veces habían tenido ocasión de acabar con el Jorobado, y le

dejaron escapar; mas la jactancia es libre, y el mayordomo, que nunca razonaba así ante el peligro, podía enardecer en aquel momento y excitar los ánimos. Lagardère no estaba presente. Para pegar fuego á la mecha se levantó, y plantándose ante su señor en actitud teatral exclamó:

—¿No pensáis que Lagardère puede casarse cuando quiera con Aurora de Nevers?

Felipe de Mantua se sobresaltó.

—¿Y qué nos prueba que no haya sucedido así mientras perdemos el tiempo en querer forzar puertas que se resisten, y tras de las cuales en todo caso sólo encontraríamos malos huesos que roer?

—¿Crees que Lagardère haya vuelto á París?

—¿Y que ha de haber hecho, puesto que le hemos dejado el campo libre?

—¡Vive Dios! ¡Tienes razón, Peyrolles, y me asombra que no se me haya ocurrido! Es que apuntaba más alto, y muchas veces al enfrasarse en combinaciones muy delicadas arriesga uno llegar sobrado tarde al fin que se propone. ¿Cómo haremos para no ser reconocidos en París?

—Nos disfrazaremos.

—Eso es lo que repugno: tener que ocultarme allí donde siempre fui por doquiera

con la cabeza erguida, y donde todo el mundo al verme pasar decía: «Es Felipe de Mantua, príncipe de Gonzaga, el más poderoso señor de Francia después del Regente..., y tal vez antes que él.»

—No es tiempo de orgullos, Monseñor, sino de acción.

—No, si tu proyecto me place, Peyrolles. Lagardère desconfiará menos de la daga oculta bajo el corpiño de un mercader que de la espada pendiente del cinto de un caballero. ¡Por el Diablo, no por eso la daga hará peor su oficio!

—Vuestra futura fortuna es lo que se juega.

—Y la tuya también, y la de los otros. Ve á buscarlos para comunicarles la buena nueva.

El factótum cumplió celosamente la orden, y los enrodados entraron en el gabinete del Príncipe, adivinando al ver su semblante radiante de júbilo que se preparaba algo bueno de lo cual iban á ser partícipes.

La frente del mayordomo, de ordinario surcada por la arruga de la inquietud y el recelo, iluminábase como la de su amo, pues tenía en aquel momento la conciencia de su valor y de la buena colocación que había hecho para el día en que sonriera de nuevo la fortuna al que tenía en su mano la de todos ellos.

En cuanto á Gonzaga, prescindiendo del aspecto altanero que no abandonaba nunca, frotábase ufano las manos, y estimulado por su factótum, no comprendía cómo pudo detenerse unos días en proseguir la realización de sus propósitos. Estaba dispuesto á recobrar, con su audacia peculiar, el tiempo perdido.

—Señores—dijo á sus acólitos,—¿no creéis que es muy aburrida la sombra de la torre de Westminster?

—¡Por Judas!—respondió Montaubert.—Puedo vanagloriarme de no haber tenido una idea alegre desde que estoy aquí.

—Si hubiera de durar—añadió Nocé,—creo que sería conveniente pensar en hacernos ermitaños para distraernos algo.

Todos los demás expusieron también sucesivamente su opinión con idéntica unanimidad contra la permanencia en Inglaterra.

—Tranquilizaos, señores. Este país es demasiado húmedo, y las espadas se enmohecen. Adivinad adónde os llevo.

—¿Volvemos á España?—preguntó Nocé.—Echo mucho de menos su hermoso cielo y sus mujeres.

—No; hemos hecho cuánto teníamos que hacer en España.

—¿Á Venecia?—preguntó Oriol, que no co-

noía Italia, y á quien le hubiera agradado dar por allá una vuelta.

—¿Para qué?—contestó el Principe con ironía.—¿Quieres buscar á tus antepasados en la galería de los dux?

—¿Á los Países Bajos?—preguntó á su vez Montaubert.

—Ó á Alemania—dijo el Baron, á quien agradaba poco el regreso á su patria, en la cual dejara malos recuerdos.—No me parece diestro.

Todos los países conocidos fueron pronunciados. Gonzaga reía.

—¡Sois pobres adivinos! Preguntad á Peyrolles.

Se sabe que los enrodados detestaban al factótum, y les desagradó que fuese, en cierto modo, árbitro de su destino. Nadie, pues, le interrogó, á no ser con la vista. Peyrolles quiso gozar con la superioridad de su plan, y excitó su curiosidad durante varios minutos.

—¿Os es por ventura indiferente el punto, señores? Porque veo que nadie tiene curiosidad de conocerlo desde que soy yo quien ha de decíroslo.

Un silencio glacial le demostró lo que ya sospechaba, y el rictus sardónico peculiar de su faz se marcó con toda su fealdad. Cruzó las manos por la espalda y dijo fríamente:

—Esta noche misma, caballeros, nos vamos á París.

—¡Nos ha insultado el Regente!—no pudo menos de exclamar Oriol.

Gonzaga se encogió de hombros.

—Te aconsejo que en cuanto llegemos vayas á darle las gracias, si quieres podrirte en un calabozo. Felipe de Orleans continúa queiriéndonos tanto, que está resuelto á indultarnos... en cuanto estemos en el otro mundo.

Todos al pronto participaron de la opinión de Oriol. Los semblantes de los enrodados, que se habían iluminado con una sonrisa, palidieron. Felipe de Mantua los envolvió en una mirada desdeñosa y dijo:

—¿Qué? ¿No os sentís de talla bastante para pasearos en las narices de la policía? El Regente se divierte; Machault nos cree lejos y no se acuerda de nosotros. Cuando los gatos duermen, los ratones se regocijan.

El chistecito no hizo efecto. Felipe continuó tras breve pausa, en la cual gozó con su estupor.

—Vamos á regocijarnos, teniendo cuidado de ponernos fuera del alcance de las uñas de nuestros enemigos. ¿Qué? ¿No os agrada la idea, caballeros?

—Arriesgamos la cabeza—murmuró Nocé.

—Cuenta tuya es cuidarla. La mía creo que vale tanto como la tuya, y no temo por ella.

—No habremos pasado las murallas, cuando seremos denunciados y detenidos —dijo Montaubert.—Una banda como la nuestra no puede compararse á las ratas, porque no puede pasar por donde pasan ellas.

—Y, sin embargo, así lo haremos. Hay que jugar á quién es más listo; y cuando nos hayamos reunido, no será para orgias con actrices de la Ópera ni para asistir á los holgorios del Regente. Bajaremos á la bodega, señores, y no para beber.

El gordo Oriol y varios como él estimaban que la vida en un rincón, ocultos como roedores, era una prespectiva exenta de todo agrado. Su cara se alargó una vara, y hubieran preferido que Gonzaga les mandara descolgar la Luna.

—¿No tiene encantos para vosotros la orilla del Sena? ¡Voto á Sanes! No hemos jugado aún sino la mitad de la partida, y Lagardère tenía todos los triunfos. Enseñamos tontamente las cartas. ¡Hay que barajar de nuevo!

—El juego será peligroso —murmuró Nocé.

—Convenido. Quizás quede alguna mano clavada en la mesa. ¿Qué importa? Con tal que quede un jugador para hacer saltar la banca y

el Jorobado sucumba la mañana misma en que se disponga á llevar su novia al altar...

Por broma, Felipe de Mantua los daba por sacrificados: desde luego lo comprendieron así vagamente. Pero no les agradaba lo más mínimo reanudar la lucha con Lagardère en pleno París, donde ellos no podían entrar, y donde Chaverny podía operar á la luz del día. Nadie entonces se quejaba de las nieblas del Támesis.

—Esta noche, señores —acabó Gonzaga, despidiéndolos con gesto soberano,—si tenéis que despediros de alguien, aprovechad el tiempo. Quizás más de uno de vosotros no vuelva á Londres. ¡Ah! ¡Me olvidaba! No admito detecciones. El que no está conmigo está contra mí. Ahora bien; mi opinión firmísima es que para caminar tranquilamente hacia adelante no debe quedarse nada atrás. Un amigo dudoso es peor que un enemigo, y... Ved lo que haré.

Un gesto enérgico acabó su pensamiento.

Los enrodados se retiraron con la cabeza baja, como rebaño de carneros que se conduce al matadero.

—¿Bailan? Luego pagarán—decía Mazarino.

Felipe de Mantua tenía respecto á sus enrodados un razonamiento casi igual. Cuando se fueron dijo:

—No hay más que dos medios de sujetar-

los: el oro y el terror. ¿Tiemblan? Pues se batarán. Mientras la amenaza de Lagardère se alce ante ellos se agruparán á mi lado, y el miedo los hará valientes.

II.

Mascarada.

Una hora después Peyrolles vagaba por los barrios bajos de la ciudad, seguido de un criado que llevaba al hombro un paquete bastante voluminoso. El factótum de Gonzaga se detenía en todas las prenderías y ropavejerías, en las tiendas donde se vendía calzado, sombreros, armas, objetos de tocador y de cocina, alhajas verdaderas y falsas. Los mercaderes eran por lo común viejos judíos, asquerosos, sucios y con manos como garras.

Se detuvo ante un bazar en el cual se veían babuchas argelinas y botas de mosquetero, cotas de malla junto á vestidos de baile, arcabuces y jeringas, balas y vajilla de China, uniformes de guardias francesas, de lansquenets, cascos de ligeros, pelucas, panderetas, castañuelas, mallas noruegas de pescar y trusas